

JORGE FERRER
Minimal Bildung

Veintinueve escenas
para una novela sobre la inercia y el olvido

bokeh *

Primera edición, 2001 (Miami: Ediciones Catalejo)

© Jorge Ferrer, 2016

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016

© Bokeh, 2016

Leiden, NEDERLAND

www.bokehpess.com

ISBN: 978-94-91515-40-8

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

(Obra que se continuará representando en un acto, aunque los sucesos colaterales que organizan al teatro del mundo consigan desviar a ratos el interés del público.

Cuando esos desvíos sean tan flagrantes que incurran en el insulto y la grosería, los actores detendrán la representación, evitando mostrar cualquier sentimiento —ansiedad, molestia, arrobó, agradecimiento—. Esa indiferencia ante la arrogancia del mundo quizá les permita conseguir que el resto de los acontecimientos pase a formar parte de la obra.

Habrà, dentro del único acto, tantas escenas como desvíos y tantos escenarios como recodos.)

PERSONAJES:

La Sebosa

El Alemán, o Martin Heidegger

El Inquiridor, o Buenaventura Vichy

Una camarera

Primera escena

(Una pequeña oficina en el centro del escenario. Sobre las tablas, en el área que queda fuera de los tabiques finísimos que la cercan, se pegarán hebras de nylon, que movidas por ventiladores invisibles harán que el viento soplado por los dioses se haga presente. Al fondo de la oficina un enorme retrato de los dos actores implicados en esta escena, que en algunos momentos —dejados al arbitrio del tramoyista— se sustituirá por un espejo. El mobiliario: un buró con patas delgadas de hierro, algo oxidado, y encimera de plywood, dos butacas forradas de buena, ajada piel; un farol chino y un estante con libros y carpetas. El Alemán lleva unas gafas de esas que llaman

«montadas al aire», un traje negro de Hugo Boss y una pajarita grande, clownesca. Cuando suba el telón, Buenaventura se hallará a medio paso entre el soplado de los dioses y la estancia apacible en la oficina. Tambaleante, tomará asiento ante el Alemán, que estará hojeando unos papeles. Lo estrujado de su gabardina y el barro en los zapatos denotarán que acaba de atravesar una tormenta. El telón caerá y se levantará en un mismo golpe de palanca y comenzarán a leer, como declamando, sus textos.)

ALEMÁN: —Usted me dice que solicita asilo político. Me pone ante la dimensión óptica del Heimat, del terruño, del acogimiento, del asilo, y ante la insondable dimensión ontológica de lo político.

INQUIRIDOR: —No, yo lo sitúo a usted sólo ante mí mismo, ante la humedad del débil, la acuosidad del paria, el océano del advenedizo. Lo pongo ante el que huye para asilarse en una entelequia, la de una proyección inconstante, como la propia Europa. En definitiva, ante un tema de física: un cuerpo en tránsito de lo líquido hacia lo sólido: un tema viscoso. Nada más.

ALEMÁN: —Dígame su nombre, señor. No olvide que entre lo óptico y lo ontológico siempre ha de mediar un cuestionario.

INQUIRIDOR: —Me llaman Buenaventura Vichy. Nací probablemente en Madrid. Igualmente probable es que sea hijo de Francisco de Goya y la Duquesa de Alba. No soy, entonces, más que un capricho de lo social.

ALEMÁN: —Dirección permanente.

INQUIRIDOR: —Ya no tengo dirección permanente. Me he ocultado largo tiempo en la proposición primera del *Tractatus logico-philosophicus* de Ludwig Wittgenstein, donde se lee: «El mundo es todo lo que acaece».

ALEMÁN: —Sin duda es una inmejorable dirección de la que partir. ¿Su dirección actual?

INQUIRIDOR: –Una a la que apenas consigo llegar. En el propio Tractatus, la proposición 7, donde se lee: «De lo que no se puede hablar, hay que callarse».

ALEMÁN: –Su número de teléfono o fax.

INQUIRIDOR: –¿Ha dicho usted tele-fax? ¿Cree usted que alguien podría tener acceso a la dimensión distante, final –téllica– de lo originario, lo auténtico –lo facsimilar–? ¿Acaso cree que si yo dispusiera de semejante artefacto solicitaría asilo?

ALEMÁN: –¿Profesión?

INQUIRIDOR: –Cubano.

ALEMÁN: –Lenguas que domina.

INQUIRIDOR: –Sólo la mía: lúbrica, bífida, silenciosa. Cubana como las palmas: verde como la cirrosis, áspera como la frustración, móvil como un corcel alebrestado por el toque de clarín.

ALEMÁN: –¿Estado civil?

INQUIRIDOR: –Carezco de estado civil.

ALEMÁN: –¿Perdón?

INQUIRIDOR: –Desconozco los conceptos de estado y de civilidad.

ALEMÁN: –¿Es usted un anárquico?

INQUIRIDOR: –No, todo lo contrario. Quisiera ser un buen ciudadano, uno de esos dóciles padres de la barbarie.

ALEMÁN: –¿Proyectos?

INQUIRIDOR: –Nulos.

ALEMÁN: –¿Filiación política?

INQUIRIDOR: –¿Perdón?

ALEMÁN: –Dije política.

INQUIRIDOR: –No entendí la primera palabra.

ALEMÁN: –Filiación.

INQUIRIDOR: –Política.

ALEMÁN: –¿Perdón?

(Quizás este sea un buen momento para sustituir el retrato por el espejo. Ambos personajes sonríen. En sus labios habrá esa mezcla de expectación y dejà vu, propia de todo trámite burocrático.)

INQUIRIDOR: —Supongo querrá que le cuente cómo he llegado aquí.

ALEMÁN: —No, se lo contaré yo. Usted me hablaría de medios de transporte, visados y demás artificios de la modernidad. Quien debe explicar cómo llegó usted aquí soy yo, pues he sido quien lo ha traído. ¿Se asombra? Vicio cubano el asombro; otro: pretender que han llegado al lugar que hoy ocupan por sus propios pies. Y no hay nada extraño en que así sea: la inocencia sobre el origen de los impulsos que los guían está prevista y conformada por el Proyecto.

INQUIRIDOR: —¿El Proyecto?

ALEMÁN: —Sí. El Proyecto, o Plan Trianal, como le llamaba una discípula mía, de triste memoria para Elfriede, mi mujer: los cubanos sodomizan a los Estados Unidos, los Estados Unidos a la izquierda mundial, y esta última a los cubanos. Como la serpiente mítica, pero con algo de picaresca. Una mística bastarda, psicodélica, eufórica, como si Walter Benjamin leyera a Scholem en una tarde de la Ibiza de preguerra, bajo los efectos bondadosos del haschich.

INQUIRIDOR: —¿Acaso Benjamín consumía haschich en Ibiza? ¿No son algo anteriores sus experiencias con alucinógenos?

ALEMÁN: —Le confieso que su vocación por la precisión histórica, que conozco de antaño, me excita sobremanera. Especialmente porque apoya la pasión con que he defendido el éxito del Proyecto contra los que sostienen que ha fracasado en el más importante de sus objetivos. A saber, que los cubanos asuman trágicamente su destino. Los detractores del Proyecto acusan a los cubanos de ligereza, de no saber coordinar sus movimientos con la precisión minuciosa de un mecanismo de relojería suiza.

INQUIRIDOR: —No me negará que le debe el símil a mi paja: de mi esperma anacrónica directamente al fabricante Tissot, tocayo del autor de la encantadora Onania. (*El público saludará su interrupción con un murmullo de alivio que tornará a acidularse.*) No me sorprenderé si se asoma a tanta relojería el padre de Jean-Jacques, y me comienza usted a emilizar...

ALEMÁN: —(*Diríase que agradecido.*) No, no... Este último reparo, lo habrá adivinado, es de Musil. Me decía en una ocasión: «El cubano siempre será un hombre con atributos, y el primero de ellos es la ligereza». Fue él quien redactó una memoria, que José Antonio Saco presentara en el hospital que lo vio nacer a usted, donde acusaba a los cubanos de ligereza, superficialidad, vagancia. Las deliciosas alumnas del curso de Historia de Cuba que leyó Elías Entralgo en la Universidad de La Habana en 1951, curso cuya conferencia inaugural es conocida con el título de «Apología de las siete de la mañana» —¿la recuerda?—, en la que Entralgo comienza disertando sobre un reloj suizo que recién había comprado en Ginebra, no sospechaban que su profesor dialogaba no con sus falditas recortadas ni sus largos escafpines, sino con el adusto *herr* Musil. «Refutación sutil de Musil», escribió de su puño como título a la copia que me envió a Friburgo. Por cierto, el reloj no lo había comprado él, como pretende —¡ay de los cubanos ostentosos!—, me lo canjeó por la falaz edición neoyorkina de los *Papeles sobre Cuba*, de Saco, en cuyo primer volumen aparece precisamente el texto de Musil.

INQUIRIDOR: —Conozco la memoria, pero nunca se la hubiera atribuido a él. Parece tan cubana...

ALEMÁN: —¿Y Musil? ¿No le parece cubano? No olvide usted, como han hecho tantos, al delirante Tristán de Jesús Medina, cuya estancia en un sanatorio de los Alpes —cálida aún en el recuerdo la gracia de la nínfula báquica, luterana y delatora— entrelazó los destinos suizo y cubano, como sólo podía hacerlo el desasosiego

de un cura modernista. «Ahí va el Kierkegaard de los trópicos», solía decirle Settembrini a Hans Castorp, cuando la figura magra del apóstata bayamés los sorprendía entre los riscos². Don Tomás Estrada Palma, cuando pasa del gabinete neoyorkino, repleto de efluvios martianos, a la húmeda oficina presidencial, se imagina a la islita, que le había tocado en suerte desgobernar, como una Suiza del Caribe. Visita a Rafael Montoro y le dice eufórico, convincente: «¡Cuba será la Suiza de América!».

INQUIRIDOR: –Y Montoro, con gracejo criollo, le señala a la ventana abierta a la calle y le pregunta: «¿Y dónde están los suizos?».

ALEMÁN: –Buena réplica de ese zorro liberal. Él hubiera preferido que Camagüey se llamara Quebec y que desde Pinar del Río se vieran las minas de Alaska. Émulo de Gladstone, lanza un dardo afilado con la pedantería de Bernard Shaw al ojo soñador del presidente inepto. Si hubiera sido José Martí su interlocutor, hoy disfrutaríamos del contrapunto entre un William Blake antillano en una luneta de teatro londinense, silbando un gag neblinoso como los amaneceres en el Valle de Viñales, y un Churchill, que entre habano y habano, disfruta una representación de teatro bufo, con negrito descolorido, mulata adiposa y gallego indigesto, como la sobrasada. Un enviado mío a La Habana me mantenía al tanto del desenvolvimiento republicano. Era vienés, homosexual y judío. Una pieza de art nouveau, diría usted. Con afán de descubridor dedicaba el día al acopio de información y la noche a las delicias de la marihuana y la sodomía. De la Quinta de los Molinos, donde se pasmaba ante los ojos tristes del Generalísimo, a un almuerzo con sobremesa en inglés y temario

² Nota a la segunda edición, porque no pudo haberla en la primera: En su prolijo prólogo a *Tristán de Jesús Medina. Retrato de apóstata con fondo canónico. Artículos, ensayos, un sermón* (Madrid: Colibrí, 2004), este mismo Jorge Ferrer se ocupó de glosar la vida y andares atrabiliarios de Medina, el mejor apóstata nacido en la Cuba española y las sucesivas.

amplio, como el tedio. En la noche le esperaba un cuarto de solar, donde simulaba interesarse por las magias de la afrocuranía, para lograr los favores de algún bugarrón ocasional, sórdido y potente, como mangas de agua de hidroeléctrica estalinista. Algún día La Habana amaneció excesivamente nublada; la noche no prometía especial luminosidad. Y el señor Wittgenstein, que así se apellidaba, se suicidó. Su hermano, que me lo había recomendado, se comprometió a pagar los gastos del viaje a La Habana del nuevo informante. Yo pensé en un joven cuya poesía me fascinaba tanto como a él las caricias suaves de su hermana: Georg Trakl, como habrá usted imaginado. Pero hubo un imprevisto: el hermano del sodomita suicida, cuyo nombre ostenta la calle donde usted reside... sí, el señor Ludwig Wittgenstein, se negó a sufragar el costo de dos pasajes. Y Trakl no conseguía imaginarse en el trópico, donde se está más cerca del infierno y por tanto de Dios, sin las manitas lujuriosas de su hermana. Se suicidó pensando en La Habana, aunque nunca hubiese cruzado los océanos³. Los suicidios han saboteado el Proyecto con pertinacia ignaciana: más tarde el propio Walter Benjamin, Eduardo Chibás, Calvert Casey, acaso Raúl León Torras, y un largo etcétera con el que no

³ En una carta de Trakl a Ullmann, he leído una frase referente al paisaje tropical que éste añora; frase que me ha conducido a una cita de Bentham, también epistolar, que incluye Buenaventura en un ensayo, «El Papel Periódico de La Habana: Notas sobre historiografía y Modernidad», cuyo manuscrito obra en mi poder. No me he sentido dispuesto a anotar las palabras de Trakl, porque, malogrados ambos viajes, prefiero evocar la frustración liberal, que la poética. Escribe Bentham, siguiendo la anotación de Buenaventura, sobre el clima caribeño: «las fuentes y flores de todos los climas pueden verse a la vez, floreciendo en su máxima perfección», «la temperatura es deliciosa; hay una temperatura de verano durante todo el año». Es cierto que Bentham alude al interés que le mueve a desplazarse al Caribe en términos que le hubieran sido odiosos a Trakl: «si voy allá será para hacer algún negocio dentro de mi profesión, para elaborar un conjunto de leyes para esa gente».

le aburriré. (*Confesional.*) Y yo mismo: sólo que preferí que mi vida se perdiera en lo abisal, y elegí algo más ligero y doloroso... esta suerte de suicidio discursivo.

INQUIRIDOR: —Quizás yo sea otro eslabón de esa cadena de suicidios. El que me encuentre aquí frente a usted, el que sea tocado con la gracia de la revelación, aunque vaya resultando que el misterio sea tan baladí como un destino insular, quizás signifique que ya he muerto, o que voy muriendo mientras se me descubre lo oculto. Estaba usted a punto de contarme cómo me traje aquí.

ALEMÁN: —Sí. Y como siempre ocurre con las historias sin finalidad, me disgregué con sólo prometerla.

INQUIRIDOR: —¿Historia sin finalidad, dice? Pensé que traerme aquí era la finalidad del Proyecto.

ALEMÁN: —Querido, un diálogo, que es de todos los viajes el que regala paisajes más dispersos, nunca pasa de ser un simulacro de finalidad. Como la anunciación no pasa de ser un simulacro de advenimiento. El Proyecto tuvo un fin: el momento en que usted y yo nos miramos a los ojos; su finalidad, si acaso, está en evitar esa fijeza, la de nuestros ojos que se rehúyen, como amantes tras el orgasmo. Quizás haya una dimensión orgásmica de nuestros destinos que se entrecrucen; un lance epifánico donde confluyan la imposibilidad del diálogo y la posibilidad sorda del silencio de los implicados en...

INQUIRIDOR: —Yo encuentro algo burda esa pretensión coordinante: usted me asaetea con su dominio de ciertos tópicos, de ciertas relaciones: yo veo en la seguridad de su retórica la imposibilidad del Proyecto, en tanto desplazamiento de lo disperso hacia el nombre aglutinante. Cada uno de los agentes del Proyecto, según va anunciando su relato de suicidios y decepciones, lo vacía de su función, dinamita la eficacia réproba de un acontecer maldito: el

de la conjunción de un pueblo con su destino en el plano de la experiencia histórica.

ALEMÁN: —Pero usted está aquí: usted asume ese destino entregándose a una dialéctica no menos burda que mi retórica. Quiero pensar que no pretenderá descalificar mis palabras circunscribiéndolas a un ámbito predeterminado, al de la autenticidad, por ejemplo. Sepa que el discurso que he elaborado paciente y concienzudamente en los últimos años es la demostración más fehaciente, de que mi Proyecto Cuba carga con el estigma de su imposibilidad. Y créame si le digo que en algún momento, la arrogancia de esa imposibilidad, casi me impide continuar adentrándome por las sendas que frecuentaba. La propia palabra Cuba, su dimensión oscura y abisal, su evocación geométrica —siempre he imaginado la Isla como si fuera un poliedro regular que por puro azar de las perspectivas, la técnica y la teatral, la dialógica, desluce en la fabulosa máquina de Kepler— me llevó a preguntarme por la naturaleza del lenguaje.

INQUIRIDOR: —¿Se refiere usted a lo que los comentaristas llaman el momento de su Kehre?

ALEMÁN: —Exacto. La Kehre no es precisamente un resultado de la situación cubana, sino más bien al contrario: la Cuba que usted conoce es el resultado de un cuestionamiento radical del lenguaje y la metafísica, motivado por la vida republicana. En 1937, Karl Vossler me informa de un grupo de jóvenes cubanos que podían implicarse en el proyecto. Les envié mis libros. Uno sólo de ellos percibió tras las páginas de *Sein und Zeit* la obra de un cubanólogo. Se trataba de José Lezama Lima, una de las pocas personas que ha logrado incidir de manera decisiva en el curso del Proyecto. Excelente interlocutor, mantuvimos una polémica durante casi treinta años, cuyo tema constituye el vórtice del pensamiento de ambos, tal como lo fuimos conformando durante y gracias a nuestra relación. Polémica que ha pasado casi desapercibida para los comentaristas de ambos.

INQUIRIDOR: —¿Se refiere usted a la polémica sobre el Origen?

ALEMÁN: —Exacto, amigo mío, le felicito por su sagacidad originaria. Lezama me leyó con atención excesiva, por eso fue más allá de mí mismo, pero no más allá de sí mismo. Se le escapó mi sentido de la ironía y de la burla. Y no porque me asumiera con tragicidad, asunción que en él hubiera sido impropia, sino porque me empujó a un dominio donde mis palabras consagran o estallan: el dominio de la imago. Lezama supo descubrir la inutilidad de mi discurso, pero se resistió a aplicarla al lenguaje en general. En ese gesto entran en juego sus excesos y mis defectos, y entre ambos se adormece, ebria de vino agrio, la Isla, que no supimos salvar. Pero le contaré cómo surgió el Proyecto, no sea que su curiosidad se rebele contra mi elocuencia. Una tarde habanera subíamos por la Loma del Mazo con el Obispo Espada⁴ en visita pastoral, cuando, de pronto, nos topamos con dos cadáveres insepultos: un cuerpo negro, macizo, ensangrentado; otro blanco, femenino, impoluto, tan frágil que podría decirse que estuvo muerto desde siempre. El Obispo se llevó la mano a la boca, asqueado más por lo pútrido de la escena que por la putrefacción misma. Desde esa altura se divisaba toda La Habana. La Habana de entonces: ¿quién puede hoy imaginarla? Recién alboreaba el siglo XIX; usted apenas emprendía su viaje hacia acá. El Obispo, que parecía ajeno a toda axialidad teleológica, salvo la que le devolvía a la boca el delicioso almuerzo que horas antes habíamos disfrutado en Guanabacoa, ordenó que dieran sepultura a los dos cuerpos. Yo me aparté un tanto con el

⁴ Se trata del Obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, «el más cubano de todos los funcionarios llegados de la Península», nacido a las dos de la tarde del 20 de abril de 1756 en Arróyave, Alava, País Vasco. No parece este obispo tener especial parentesco con Diego de Landa, segundo Arzobispo de Yucatán, fascinante personaje de la historia de Iberoamérica, que consiguió aunar la más meticulosa sagacidad filológica con la más denodada pirofilia bibliotecaria.

amigo que me acompañaba, entonces director de un delicioso diario habanero que Lezama antologara mucho más tarde a ruego mío, *El Regaión*; nos cobijamos a la sombra de una ceiba, y le vi a usted sentado frente a mí, tal como está ahora: su sonrisa, que se mueve entre la ironía y la timidez, el desdén inútil con que sacude la ceniza de su cigarrillo, el gesto impaciente ante cada espiral de mi relato. Cuando el cuerpo del negro dió de bruces contra el fondo de la fosa, pensé: ese cuerpo carece de historia: «la fuerza y el color son la negación de estas tierras, son su camino hacia dentro». A la doncella la deslizaron en la sepultura con lentitud morbosa: «Ahí va la Isla», pensé, «va con su seducción, lívida y agusanada, a esconderse dentro de sí misma». Y entonces nació el Proyecto.

INQUIRIDOR: —Permítame una acotación: nació muerto, entonces, porque nació de la muerte. Y con calores como el que me ha descrito, los resurgimientos desde las cenizas anuncian aves carroñeras... (Acaso recordando palabras otra vez dichas). Las auras, círculos concéntricos sobre la palma real, testimonio de la repitencia sagrada del paisaje, no son luz ni transparencia: son agujeros repletos de lo putrefacto, de la vitalidad siempre in crescendo de lo agusanado; y no gustan, las auras nuestras, de tópicas reencarnaciones, cuyo trasfondo mítico se pierde, cuando de hambre se trata, en lo pedestre de una cena que escapa, un desayuno que sale aleteando o una merienda que rehúye el picotazo febril para, sólo entonces, frustradas, insertarse en el mito.

5

Buenaventura, súbito y efímero carretillero, entra a la plaza por una bocacalle. Rápidos sus pasos, nadie se percata de la amable relación entre su rostro y la secuencia de ojivas en el amplísimo frontispicio del templo, acaso porque las líneas que podían dibujar

esa proyección volumétrica se entretienen con la silueta de la niña de unos quince años que irrumpe en la escena al mismo tiempo.

Un perro tira de ella. La tensión de la cuerda que los une va hiriendo, fulminante, el espacio. Levitan las finísimas lonchas de realidad; por sus bordes resbalan gruesas gotas de sangre antes de desaparecer, destino de todas las leves crueldades, en la caída.

El carretillero observa el paso cadencioso de la niña –seguramente estudiado en tardes de espejos y ropas de la hermana mayor– con una mirada que hubiera sido lujuriosa, si no fuera porque el sol y la gravedad, entre otras taras, lo han estado castigando desde muy temprano. La mañana, para ella, es todavía la letra de una canción de moda; Buenaventura, un galán de copla doméstica y repetida.

Casi se topan –maravillas de la diagonal– en el centro de la plaza. El perro olfatea la carretilla y dirige los belfos –espuma sólida que se deposita eficiente sobre la arena, camello obediente– hacia el porteador.

Buenaventura siente un miedo lacerante, diríase que nocturno. Tiene los ojos fijos en el perro; no se percata, entonces, de que ella le mira atenta, muy atenta.

Las diagonales, como las miradas, son máquinas de unir y des-unir. Salen al unísono de la plaza. Buenaventura y la carretilla hacia un almacén de materiales de construcción; la nínfula y el perro hacia el final patético de su estribillo.

En la entrada del almacén, Buenaventura se detiene a estudiar la madera, eterna, le parece, de la puerta, enorme. El dependiente bromea, con ese gracejo propio de los obreros que nunca han leído a Marx:

–No vendo la puerta. Así que si quiere algo, pase adentro.

–¿Tampoco vendes las bisagras? –corresponde a su amabilidad Buenaventura.

–Si la oferta es buena, te las llevas, pero sólo si cargas también con esa puerta horrible.

Ríen ambos el retruécano. Buenaventura le explica:

–Quiero hacer un tabique en mi habitación. Llevaré ladrillos, cemento, arena y agua.

–¿Agua?

–No, no, todo menos el agua.

–¿Qué medirá esa pared?

–No lo sé aún. No la quiero cerrar arriba para que compartan, los dos ambientes, la luz y el aire. Digamos que con cien ladrillos y unas bolsas de cemento y arena me bastará. Si hiciera falta algo más, ya volveré.

–Tendrás que dar varios viajes, porque en esa carretilla que traes no es mucho lo que cabrá.

–Me gusta viajar.

–¿De qué país vienes? –confanzudo, el vendedor de bisagras con puertas.

–Me lo han preguntado ayer y he respondido que de la página de un libro...

–Uno de geografía, supongo.

La carretilla pesaba más –sorpresa gratificante y promisoría para Buenaventura– que un destino cualquiera. Enemigo, el peso ominoso, de los saltos irreductibles de la acera, los brazos largos de Buenaventura apenas vencían los metros demasiados largos, kilométricos. Se fijó la plaza como primer descanso.

La iglesia lo recibió mitad románica, mitad gótica: un adefesio; la ¿impúber?, móvil de la pausa, ya no estaba allí. Apenas se entreveía, pisoteada, su sangre. Buenaventura entró a un bar lleno de hombres que hablaban de fútbol. Pidió un café solo como él, para intentar recobrar el aliento por homeopatía. Afuera un anciano se detuvo a observar la carretilla. Golpeó la rueda con su elegante bastón, demostrando unas energía y acierto en él inimaginables.

Buenaventura escuchó el golpe seco por sobre el griterío del bar. Le pareció un buen aliciente para seguir adelante. Pagó el café y se encaminó a casa.

Junto a la puerta del edificio, una mole de habitaciones multiplicadas, hamsters, en la calle Ramón y Cajal se habían detenido –antes de hacerlo Buenaventura y la carretilla con la carne y los huesos de la pared–, el aire, el ruido y la impaciencia del último portazo. La fatiga no fue obstáculo suficiente para la certeza de que aquella prisa, ahora expectante, le concernía.

Sólo dos personas sabían donde vivía: Shao, que ya siempre sabría donde encontrarle, y el Alemán, que se la requirió para hacerla constar en el salvoconducto que le había entregado sonriente aquella misma mañana: su rostro en la foto y el estigma de su dedo índice reunidos en un extraño retrato de familia. Una familia ganada por la sorpresa de la mutación. Bromearon, al entregarlo uno y recibirlo el otro, con aquello de la indistinción entre las familias felices. «No formamos una buena familia», le dijo Buenaventura a la sonrisa irónica del dador.

Rápido, reconcentrado, como si lo persiguieran, el albañil improvisado descargó los ladrillos junto al porche. Le pareció una buena excusa para no subir ahora a encontrarse con quien lo esperara, el traerse todos los materiales de construcción y subirlos a casa sólo cuando ya hubiera finalizado el ir y venir de la carretilla. Finalizada la descarga, ni siquiera se tomó un respiro. Aunque sentía que se ahogaba.

Cuando emprendió el último viaje –apenas cargada la carretilla/valija, por ese error de cálculo que cometemos siempre en todos los viajes menos en el último, el de la verdadera prisa–, ya Buenaventura sabía que en la disposición de los personajes alrededor de la plaza –en un perímetro que alcanzaba a su cuarto, esa ínfima totalidad ya, acumulada a su vera la materia del tabique, evocadora de su análisis– algo había cambiado irrevocablemente. Otra vez en

la diagonal, lo cubrió el sudor húmedo y excitante, y le advino el encanto naïve de la puerta del templo: jamón maloliente, los ciegos, acaso apócrifos, escondían sus ojos, acaso muertos, tras los vises de las capuchas y el entrecruzarse de las viudas con los turistas, único flujo urbano discernible.

Buenaventura la olió, la fuerza de los brazos ya deshecha, camino a la trampa. Un orine fresco, amarillo, muy amarillo, lo esperaba. Dejó la carretilla. Se acuclilló. Olió. Las vibrisas: redes gozosas del único pez capturado.

Subió las escaleras corriendo.

Allí estaba Verónica. Sus piernas de quince años, ella diría que trece amparada en el testimonio de la apariencia desenvuelta de su andar, le esperaban abiertas, grácil, negligentemente, sobre el último escalón. «Una escalera mecánica», pensó.

El perro ya no se mostró hostil porque sabía, como Buenaventura, que el hombre era él, el otro, el que ascendía.

—¿Levantamos la pared? —ella.

—Levantamos la pared —él, enfundándose los guantes de látex; sus dedos encapsulándose ávidos en los túneles estrechos, gusanos engalanándose para disfrutar del post ya previsible de la cirugía.

6

Ha dejado el cuaderno, impaciente. Va al lavabo. La cremallera se resiste, ventana de persianas trenzadas, roñosas. El sexo, que ahora lo es menos, se prolonga, ácido y pródigo, sobre la horquilla/guillotina espasmódica de los dedos.

Buenaventura se libera, atento al arco variable del flujo. Regresa al salón. Ha dejado entreabierta la puerta del mingitorio. Se escucha un hilillo de agua desangrando incoloro las cañerías.